

**Lee este fragmento del libro sagrado de los quichés:
el Popol Vuh.**

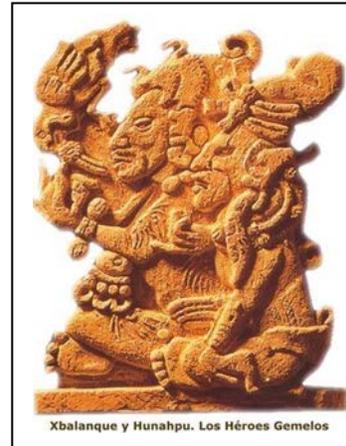
Junajpú e Ixbalanqué



Después de convertir en micos a sus hermanos mayores, Junajpú e Ixbalanqué se encargaron de trabajar la milpa. Tomaron, pues, sus hachas y sus palos de sembrar y se dirigieron a la sementera.

Le dieron un hachazo a un árbol y éste se vino al suelo, arrancando todos los bejucos y derribando los demás árboles.

Así mismo, al dar un golpe con el palo de sembrar, se cultivó todo el terreno.



Era una maravilla la cantidad de árboles que caían con un solo hachazo y la extensión de tierra que se cultivaba con un solo golpe del palo de sembrar.

Al ver este prodigio, llamaron a la paloma torcaz y le encargaron cantar cuando llegara la abuela con el almuerzo, pues lo que querían era cazar con sus cerbatanas.



-¡Currucucú, currucucú!- cantó la paloma cuando vio a la abuela acercarse por el camino.

Al oírla, los muchachos regresaron rápidamente a la milpa. Uno se derramó astillas de madera en la cabeza y el otro se untó tierra en el rostro y en las manos. Todo para que la abuela creyera que trabajaban mucho.

Después que almorzaron, todos juntos volvieron a casa.

Al día siguiente Junajpú e Ixbalanqué se dirigieron nuevamente a la milpa. Vieron que todos los árboles y los bejucos que habían derribado el día anterior, se habían levantado y revivido y que el terreno estaba sin cultivar, como antes.